

anciana, morigerada y devota, buscó en vano una dura frase con que anatematizar á los calumniadores de Guillermo; pero con toda seguridad hubiera lanzado á los cuatro vientos el mayor dictorio si lo hubiera sabido en español; mas si no lo pronunció la boca, lo dijo el corazón.

XXII

—¡Cuánto le agradecemos, decía Lupe á Guillermo que su primera visita haya sido para nosotras!

—Cuán afligidas estábamos por tantos acontecimientos tristes! murmuraba Doña María.

—Son las únicas amigas que me quedan en el mundo. No sé por qué durante los amargos días de mi cautiverio, recordaba sin cesar aquella edad feliz en que Lupe y yo jugábamos juntos.

—Y hasta reñíamos alguna que otra vez.

—Pero no eran riñas de verdad.

—No; era para contentarnos después y que la reconciliación hiciese más dulce la amistad.

Los ojos de Lupe y Guillermo sostuvieron por unos instantes una mirada

tierna y expresiva, parecían decirse: ¿por qué no vuelven aquellos dichosos tiempos?

Después siguió entre los jóvenes un embarazoso silencio que nadie se atrevió á romper. Era evidente que ambos tenían que decirse muchas cosas, y no podían ni debían salir de su pecho. Guillermo fué el primero en hablar:

—¿No me toca usted algo?

—Sí, con mucho gusto; aunque estoy segura de hacerlo muy mal, pues desde que está usted preso el piano ha enmudecido. ¿Qué quiere usted que le toque?

—“Rayo de Luna” de Beethoven, dijo el joven, me gusta mucho.

Mientras Lupe tocaba con ternura y hondo sentimiento, aquella inspirada sonata del gran maestro alemán, Guillermo escuchaba con reverente silencio. Sentía algo extraño, indecible, como si en efecto un rayo de la casta diosa de la noche iluminara las tinieblas de su espíritu.

—¡Qué bello! exclamó cuando murió en el piano la vibración de la postrera nota. Lupe, tiene usted alma de verdadera artista. Me ha hecho sentir y sufrir mucho.

—¡Sufrir, Dios mío! entonces nunca vuelvo á tocar delante de usted.

—Quien siente mucho, sufre; pero es un sufrimiento que se anhela, se busca, se ama. Será lo que digo una paradoja que no puedo explicar ni usted comprender; pero hay alegrías que matan y dolores que vivifican.

—Ah, sí. Guillermo; comprendo á usted. Es verdad.

—¡Chico, chico!, gritó una voz en el zaguán, y apareció Pimpollo, sonriente, con los brazos abiertos, cantando el aria de la ópera "Aida:" "Ritorna vincitor," tan mal y tan desafinado, que Lupe no pudo menos de sonreírse.

—¿Conque respiras ya el aire de la libertad? Lo supe luego, me dijeron que estabas aquí, y tomé la casa por asalto, la señora y la señorita se servirán disculparme.

—Esta es la casa de usted, respondió Doña María.

—Gracias.

Pimpollo volvió á abrir los brazos, y la boca, y sin cerrar ésta dió á Guillermo tan apretado abrazo, que casi le sofocó.

—¡Hombre, si parece sueño lo que te ha pasado!

—¡Siéntate, repuso Guillermo. Cuánto te agradezco....!

—Por el gusto de ver á usted en esta

su casa, y á Guillermo libre, dijo Lupe, voy á servir á ustedes una copa.

—Bueno, magnífico; la tomaré por ustedes y por Guillermo.

Lupe sirvió varias copas de la elegante liconera que estaba cerca de ella en una mesita de mármol.

—Por el júbilo, dijo Pimpollo, que he tenido de ver á Guillermo en libertad, en este albergue de la bondad y de la belleza.

—Bien dicho, Pimpollo, repuso Guillermo, estás ahora muy elocuente.

—Sí, chico; la alegría lo da todo.

Lupe observaba cuán buen efecto hacía á Guillermo la franca jovialidad de su amigo, y ella también lo agradecía con toda su alma.

—¡Salud!

—¡Buena salud!

—¡Gracias!

—No hay quien salga ahora de esta casa, tendremos el gusto de que nos acompañen ustedes á comer, dijo Doña María, levantándose, voy á dar órdenes.

—Pero.... murmuró Pimpollo.

—Perdone usted si abuso de mi autoridad, repuso Doña María, pero tengo derecho de celebrar la libertad de Guillermo; y usted, como su amigo, el deber de acompañarle. Por lo tanto, no es una

invitación la que hago, sino que doy una orden. que ustedes tienen que obedecer.

—¿Es ésta elocuencia ó lógica contundente? Ambas cosas de seguro, y no seré yo nunca insubordinado, dijo Pimpollo, inclinando la cabeza hasta tocarse el pecho con la punta de la barba; usted manda y nosotros obedecemos.

Mientras Doña María alborozada recomendaba á Paula, que era maestra en el arte culinario, se esmerase ese día, y ella preparaba algo extraordinario para obsequiar á los jóvenes, éstos se quedaron en la sala con Lupe, conversando agradablemente.

—Muy pronto, decía suspirando Pimpollo á Lupe, irá usted á hacer la felicidad de un hogar, y yo.... y yo.... ¡pobre de mí!

Lupe dejó hablar libremente á Pimpollo, y aún se alegró de que tocase aquel punto. Quería ver el efecto que las palabras del joven causaban en el ánimo de Guillermo, en quien, con la perspicacia propia de la mujer, había notado más cariño hacia ella. Pimpollo, después de una larga y campantida disertación, acerca del amor conyugal, en la que dijo exageraciones y no pocos desatinos, calló y miró primero á Lupe y luego á Guillermo,

como pidiendo un aplauso. Lupe, que lo comprendió, díjole con zalamería:

—Está usted elocuentísimo; pero esa elocuencia, es hija de la envidia.

—Ah, sí, es verdad, repuso Pimpollo, en cuya fantasía bailaban en ese momento los traviesos ojos de Lola.

—Sí, continuó Lupe, usted me verá pronto feliz, amada por un hombre que ha sabido estimarme, comprenderme, y á quien consagraré, en justa correspondencia, todas mis afecciones. Mis esfuerzos serán todos por su ventura.

Lupe iba á proseguir, pero se contuvo ante la demudada faz de Guillermo. Creyó bastante aquella venganza, porque no era otra cosa. Cuando Lupe hablaba pensaba en Guillermo que no había podido ó no había querido comprender el cariño que le tenía. Bajo aquella resignada dulzura existía la mujer amante con todo el inmenso arsenal de las enamoradas, con toda la energía de un gran carácter. Si Guillermo hubiera sabido aprovechar aquel supremo instante, el matrimonio de Alfonso no se hubiera verificado jamás; pero quedó aturvido ante las palabras que acababa de oír. Si Lupe subía ya la escarpada pendiente del sacrificio, no había aceptado éste ni por el consejo de su madre, ni

mucho menos por interés, sino convencida del recíproco amor de Guillermo y María Teresa; una vez que hubiera faltado tal convencimiento, el sacrificio no se hubiera consumado. Sin Guillermo le era indiferente casarse con cualquier otro, eligió, pues, á Alfonso por condescendencia con Doña María. Más de una vez, durante la conversación, la atractiva morena, dió intencionalmente ocasión á Guillermo para que le declarara su amor, pero éste, á pesar de su talento, no supo apreciar la situación en que entonces se encontraba. Martirizado por las palabras de Lupe, quiso desviar la conversación y dió á Pimpollo:

—Y bien, ¿por qué no te casas? ¿No me has dicho muchas veces que Lola te quiere?

—Es verdad, me ama, me adora; pero nunca me lo ha dicho.

—Y tú ¿se lo has dicho á ella?

—Tampoco; algo le indiqué en aquella tertulia que hubo en casa de Don Antonio, pero después no le he dicho nada, absolutamente nada; digo, de palabra, mas, chico, si mis ojos le han hablado á gritos ¿qué más quieres? Y los ojos de Lolita también me han gritado. Con aquellos guiños tan cariñosos y traviesos

¿sabes lo que me dicen? Te quiero, Pimpollo; te amo guasón.

Lupe y Guillermo rieron de buena gana.

—Sí, estoy seguro, segurísimo de que eso me dicen.

—Pero, hombre, ¿por qué no le hablas claro?

—Mi maestro de escuela, aquel elegante blanco que tan buenos sopapos nos dió, ¿sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—Pimpollo, tienes poco mundo, no le declares tu amor porque "metes el choco." Callando la desesperas y acabará por quererte con desesperación. Yo, como todos nosotros, tengo á mi maestro por un sabio y he seguido su consejo al pie de la letra.

—Pero eso debe de tener término algún día.

—Además, tengo miedo á Don Leandro, por más que algún día sea mi suegro. ¿No ves qué cara tan seriota tiene? Parece sargento primero. El otro día, casi en mis barbas echó un voto porque un voceador de periódicos, metiéndole un periódico á la cara, le tiró los anteojos. Por fortuna, sin ellos ya no pudo verme: yo estaba petrificado y me hormigueaba el cuerpo esperando por mo-

mentos el furioso bastonazo de aquel ogro, baldón y oprobio de toda mi parentela.

—Pues mira, Pimpollo, dijo Guillermo, el día que quieras pido á ese ogro su hija para tí; se casan, y asunto concluido.

—No, Guillermo, tengamos un poco de paciencia. Don Leandro está ya muy viejo y achacoso y no tardará en ir á dormir el sueño eterno á la "Florida," y entonces..... Lolita será toda mía; no es que yo desee la muerte de mi futuro suegro, que será pretérito cuando yo me case, sino su eterna salvación. Si, que vaya á recibir la corona que merece por haber dado á luz.... digo, por haber tenido una hija tan guapa como mi nunca bien ponderada Lolita.

En amena conversación pasaron los jóvenes aquella feliz mañana, en la que Guillermo y Lupe olvidaron por algunas horas sus hondas penas.

XXIII

A medida que pasaba el tiempo, aplacábase el encono de la osada munnuración contra Guillermo. Le veían tran-

quilo y patrocinado por el Lic. Olivares, cuya costumbre de defender sólo las buenas causas, habíale grangeado el respeto y la estimación de todos; y los más encannizados munnuradores guardaban silencio ó trocaban su enardecimiento en misericordia.

Guillermo veía paulatinamente disminuir sus escasos ahorros; habíase propuesto no solicitar colocación hasta que terminase el proceso, pues temía un bochornoso desaire en aquella penosa situación. Don Germán, espontáneamente ofrecióle los fondos que necesitase, y obligó con súplicas la tenaz resistencia de Guillermo, quien no pudiendo, por entonces, remunerar á su abogado, se rehusaba á serle gravoso con préstamos. Y no hubo remedio, aquel abogado que tenía fama de tacaño y codicioso, prestó á Guillermo sin plazo ni interés, cuanto necesitó, con la única condición de que nadie tuviese noticia de tales préstamos.

Una circunstancia vino á revivir la semi-apagada munnuración: el proceso había avanzado con insólita celeridad, debido á que el Lic. Cortés habíase trocado en la sombra del juez; fueron oídas las defensas en las que los abogados de acusador y reo desplegaron los mayores esfuerzos para salir avantes en sus

propósitos; pero desgraciadamente para Guillermo, la sentencia de primera instancia fuéle adversa; pues el Juez le condenó á cuatro años de prisión.

El Lic. Olivares no se inmutó al notificársele tal sentencia, pues en su larga práctica más de una vez había pulverizado fallos como el que se le notificaba; pero dolíale mucho la aflixión del procesado y de sus amigos. Guillermo, que estaba seguro de su inocencia, esperaba favorable sentencia, y al ver desvanecerse su esperanza, sintió el hondo dolor del desengaño; pero concluyó, como siempre, por sobreponerse á sí mismo, y renació luego su, por un momento, obscurificada confianza. Los amigos del reo empezaron á temer las intrigas de los perversos y la influencia del oro, y públicamente manifestaban su desconfianza y sus temores. De aquí se formaron dos partidos en la sociedad: uno en pró, y otro en contra de Guillermo; el primero, aunque menos numeroso que el segundo, lo formaban las personas discretas y sensatas. El escándalo crecía, pero ya había lucha, mientras que al principio, todos callaban al rededor de la enfurecida maledicencia.

¿Cuál sería el estado de ánimo de Lupe, cuando en tales circunstancias se

aproximaba el día fijado para su matrimonio? Rogó á su madre que por su mediación se difiriera; pero Doña Maria no quiso faltar á lo pactado.

—Tú conoces, hija mía, le dijo con ternura, la elevada jerarquía social del señor Sifuentes; creerá que buscamos pretextos y se ofenderá su amor propio; por otra parte, la sentencia contra Guillermo, aunque éste sea amigo de toda nuestra estimación, no es suficiente motivo para una demora. Cada uno comentaría la causa sin tener en cuenta los afectos de nuestra amistad, sino conforme á la voz de sus impresiones, ó lo que es peor aún, de sus pasiones.

—Es verdad, contestó Lupe con tristeza. Cumplamos nuestra promesa.

Entretanto, en el corazón de María Teresa, iba rápidamente cicatrizando la herida que le abrió el rompimiento con Guillermo. Comprendió que su amor al joven, era un sueño irrealizable, pues nunca consentiría el señor Sifuentes en el matrimonio de su hija con Guillermo. Este convencimiento, que al principio fué incentivo de cariño, llegó después á ser causa de olvido. María Teresa poco á poco fué pensando menos en Guillermo, hasta que acabó casi por no acordarse de él.

Muchas honorables personas, entre ellas algunos banqueros, habían hablado á Don Antonio Sifuentes en presencia de su hija, del brillante porvenir del Lic. Cortés. Había empezado por vencer dos veces seguidas en atlética lucha al Lic. Olivares, que era, según el parecer general, el más docto y acreditado de los abogados zacatecanos. Además, Ernesto había heredado una fortuna, que, aunque la envidia rebajaba mucho, no había que hacer el menor caso de los envidiosos. ¿No vivía el joven abogado con esplendor, sin contraer jamás deudas?

María Teresa siguió creyendo en la inocencia de Guillermo. Yo he aspirado, decía, el perfume de su alma, y es muy buena; así es que no temía que fuese interrumpida la libertad provisional de que gozaba, mientras que en el proceso se pronunciaba la última palabra. Por esto, casi no le impresionó la condenación de Guillermo en primera instancia. Alguna vez había suplicado á Ernesto que no patrocinase á Don Ignacio Minjares, porque la acusación de éste era injusta.

—Ni él, ni yo, contestaba siempre el joven abogado, queremos la deshonra y la ruina de Guillermo; pero Don Ignacio está obligado por el buen nombre de su casa, el interés de sus negocios y el escar-

miento de sus empleados, á procurar con todas sus fuerzas el esclarecimiento de la verdad; y yo á ayudarle, por mi honor profesional, por mi buen crédito para lo futuro y por el mismo triunfo de la justicia. Esté usted segura, enteramente segura, de que si Guillermo es inocente, al fin saldrá absuelto.

Como María Teresa estaba segura de tal inocencia, creía firmemente en la absolución, y se tranquilizaba.

Ernesto, siempre afable y cortés en la casa de Don Antonio Sifuentes, habiase ganado poco á poco la voluntad de todos, y acabó por conquistar también la de María Teresa. Galante con ella algunas veces, discreto otras, tierno y expansivo las más, la joven acostumbróse al trato del abogado y concluyó por quererle, según decía ella; pero costóle mucho trabajo corresponder á su amor. Después de algún tiempo de cotidianas instancias, Ernesto triunfó, y pudo un día oír de los dulces labios de la altiva rubia el "te amo," ganado con más bajezas que sacrificios.

Cuando Guillermo tuvo noticia por Lupe, de las relaciones de Ernesto con María Teresa, aunque se indignó contra aquél por los reprobados medios á que había ocurrido para obtener lo que por el recto camino jamás hubiera alcanzado, no sin-

tió la menor pena por la ligereza de la aristocrática rubia. Quedóse mirando á Lupe con infinita ternura y le dijo:

—Lupe: no hay ya para mí ni luz en aquellos ojos, ni aroma en aquel corazón. Me había engañado: ni María Teresa nació para mí ni yo para ella.

Lupe le escuchaba con indecible emoción. Quedóse un rato silencioso, y luego prosiguió:

—Yo....

Detúvose y añadió trémulo y turbado:

—No sé lo que iba á decir. Adiós.

—Adiós, respondió Lupe, oprimiéndose el pecho con ambas manos y conteniendo las lágrimas; pero cuando el joven se alejó, dió rienda suelta á su llanto

XXIV

Celébrase con pompa en el templo de Santo Domingo, de la ciudad de Zacatecas, el mes de Mayo, consagrado por la piedad católica al culto de la Santísima Virgen, y el día primero de Junio dedícase á la acción de gracias; es uno de los más espléndidos días de tales fiestas religiosas. El párnoco invita á varias familias para que cada una ofrezca un "aparador"

de los siete que es costumbre ofrecer, y representan las siete virtudes. Todos son de distintos colores: blanco, verde, rojo, rosa, azul, morado y amarillo

Consisten dichos "aparadores," en cuatro velas con artísticas escamas ó brillantes adornos, ramilletes de flores naturales, y cuatro de ellos más grandes que los demás, de flores artificiales, colocados, ora sobre jarrones de porcelana ó de cristal, ora sobre primorosas macetitas. Escamas, adornos, flores, jarrones, son del color elegido; y cuatro niñas, previamente invitadas y vestidas del respectivo color, ofrecen á la Virgen los objetos durante cada misterio del Rosario.

Las tres naves del magnífico templo de correctas y severas líneas de arquitectura toscana, están henchidas de fieles, especialmente la del centro. Resplandece el altar con multitud de cirios colocados entre un jardín de ramilletes; cubre el fondo, trasparente cortina blanca sembrada de áureas estrellas, que cae desde la alta bóveda. A la derecha, en altar especial, espléndidamente adornado, sobre la gradería rebosante de flores, elévase una pequeña estatua de la Guadalupeana. Esta imagen, que se venera en el histórico convento de la cercana Villa de Guadalupe, es conocida con el nombre de la "Prela-

quita;" visita anualmente, después del día de la Ascensión del Señor, todos los templos de la ciudad de Zacatecas, y celébrase en su honor un triduo ó novenario, según los recursos de cada templo, para implorar la intercesión de la Guadalupe en pró del buen temporal. En esta vez, coincidió la visita de la venerada imagen con la acción de gracias por el mes de Mayo, motivo por el cual, la devota concurrencia aumentó considerablemente.

Frente al presbiterio del altar mayor, formando ancho semicírculo, están colocadas las mesas de los "aparadores," que sobresalen de la multitud mostrando las ofrendas en artístico conjunto.

Lupe había tomado el "aparador" rojo y la acompañaba Lola, para ayudarla á distribuir las ofrendas. Entre el grupo de niñas vestidas de blanco, con el pelo suelto y rizado y coronadas de azahares, que esperan ansiosas el momento de ofrecer flores á la Virgen, distingúense las de los "aparadores" vestidas del color de éstos.

Vibran en las torres del templo las sonoras campanas dando el último repique, y cuando muere en el aire la postrera vibración, los niños del Asilo del Sagrado

Corazón de Jesús, cantan desde el coro el himno guadalupano:

"Mexicanos volad presurosos
del pendón de la Virgen en pos;
de la lucha saldréis victoriosos
defendiendo á la patria y á Dios.

Una nube de niñas, tras de las cuales véase el alma de sus padres, que las miran extasiados, sube las gradas del presbiterio con luces, flores y pebeteros en las manos, y la inocencia resplandeciendo en sus límpidas miradas, arrodíllanse y varios sacerdotes les recogen las ofrendas, que colocan ordenadamente en el altar.

Suben también algunos niños y niñas que conmueven hondamente á los fieles, porque representan una raza rica y viril en otro tiempo, dueña y dominadora del Anáhuac; raza que cayó sojuzgada por el ibero conquistador, y poco á poco desaparece fundida en una nueva raza. Estos niños son inditos, que en devota actitud, van también gozosos tras del imán guadalupano que atrae á todos. Recuerdan, quizá, el sencillo y conmovedor relato del feliz Juan Diego, á quien la excelsa Señora distinguió con sus bondades, y van llenos de esperanza á la fuente del consuelo y de la ventura. Visten calzon-

cito y camisa de manta corriente, blanca tilma con un cromito de la Guadalupeana en el centro, los limpios piés calzan huaraches, á la espalda llevan un huacal con verdura por dentro, y por fuera, penden de los otates que lo forman, jarritos, cazuelitas, guajes y juguetitos de barro; en la parte superior un sombrero chilapeño, y apóyanse en el cayado, que llevan en la diestra.

Las inditas portan rojo zagalejo con ancha pretina verde, escotada camisa bordada de rojo, y de manga corta, y alrededor del cuello cuentas verdes de vidrio; calzan sus diminutos y desnudos piés, bien cortados huaraches atados con delgadas correas, llevan también huacal á la espada, con verdura y juguetes, el sombrero chilapeño y las dos trenzas de pelo muy negro, atadas con un lazo tricolor.

Escúchase alternativamente la voz tierna y devota del sacerdote, que desde el púlpito reza el Rosario, y después de ella el rumor grave y solemne de centenares de voces que responden en coro.

Lupe, de rodillas, enteramente abstraída, mientras Lola reparte las flores del "aparador," ora con intenso fervor.

—Madre, madre, dice á la Virgen: recibe mi dolor que es lo único que tengo

que ofrecerte. Por tu misericordia, cuando me una para siempre con Alfonso, arranca de mi corazón el insensato amor que tengo á Guillermo. No quiero, no debo amarle ya. Pero si he de ser tan desventurada que siga embriagada con este afecto que envuelve mi alma y la penetra por todas partes, dame la muerte, para mí más dulce, que la vida, sin él.

Poco distante de Lolita, estaba en pie Pimpollo, y á su pesar vuelve constantemente los ojos hacia ella; pero cuando Lola no distribuye ramilletes ó perfumes, ora en tan devota actitud, que Pimpollo, arrastrado por el ejemplo, cae de rodillas y reza con inusitado fervor. Desea por esa tarde ser indito y recibir de manos de Lolita un ramillete, subir las gradas y decir á la Virgen: aquí te manda conmigo mi dulce Lola, acuérdate de nosotros.

Después del Rosario hubo una plática, sin galas oratorias, sencilla y rebosante de unción. Pimpollo la escuchó con los brazos cruzados, y durante ella, hizo varias veces, mentalmente, el propósito de convertirse, de gran pecador que era, en un hombre, si no de heroicas virtudes, á lo menos muy bueno.

Concluída la función religiosa, varias

personas del pueblo permanecen aún en el templo, impregnado del olor del incienso y de los perfumes, cantando alabanzas á la "Preladita," con voz dulce y tierna, y en frases de conmovedora sencillez.

XXV

Lupe, con admirable serenidad, sonriente, aunque su sonrisa tiene algo de extraña amargura, está asida de la mano de María Teresa, y sentada en medio de ésta y de Alfonso, en el sofá atravesado en uno de los ángulos de la sala. Pimpollo, en pie, escucha á Lola, que está más locuaz que de costumbre, como si la proximidad de un enlace civil le hubiese hecho más ligera la lengua. Doña Carmen y Doña María, conversan familiarmente sentadas en cómodas poltronas. Mercedes, Anita, Toña y Concha, riense de la conversación de Luisillo, que les refiere alguna que otra aventura de colegio; Ernesto y Perico hablan en voz baja, bastante retirados de los demás concurrentes; Don Antonio y Don Ignacio discuten, casi sin fijarse en la concurrencia, acerca de negocios comerciales y mi-

neros, y otros varios jóvenes y señoritas conversan alegremente.

—No hay mina como la del "Bote," decía el señor Minjares, está en bonanza desde el año de 1845; pero las utilidades salen para el extranjero: la única accionista zacatecana que vive, casó con un italiano, y reside hoy en Florencia.

—La de San Rafael es también muy rica, repuso el señor Sifuentes, varias de las actuales fortunas, débense á ella: pero ha pasado al dominio de una compañía americana que la adquirió casi regalada, y no le aseguro las utilidades que dió en anteriores épocas. Estos americanos tienen crecidos sueldos, son muy dispendiosos para trabajar minas, y dígase lo que se quiera, no tienen ni el ojo penetrante y previsor de nuestros mineros, ni mucho menos sus conocimientos prácticos.

—He influido para que mejores de empleo, con el fin principal de que me tengas al tanto de todo, decía el Lic. Cortés á Perico.

—Y ya vez si soy hábil; cuanto te he dicho se ha verificado al pie de la letra.

—¿Qué efecto hizo mi informe á la vista?

—Bueno, magnífico, sorprendente.

—¿Y el del Lic. Olivares?

—Estuvo muy difuso é inútilmente recargado de citas legales. Bien dice el proverbio: cría fama y échate á dormir. El Lic. Olivares ha probado una vez más la verdad de este proloquio.

—¿Y fallarán pronto?

—Está ya votada la sentencia y redactada por el secretario conforme á los puntos que recibí, y puedo asegurarte que confirma la de primera instancia. Hubo dos votos particulares en contra, pero obtuviste la mayoría.

—¿En qué te fundas para asegurarme todo ésto?

—Mis ojos de lince, á pesar de las precauciones del secretario, leyeron algo, de las premisas deduzco la consecuencia.

—Anita, créalo usted, está encantadora, decía Luisillo á la joven que se ruborizaba y oía la música de las galanterías con la fruición y encanto de quien acababa de entrar á un mundo desconocido y lleno de misteriosos atractivos.

—No le hagas caso á este loco, decía Toña con su cara de pascua, á la simpática jovencita.

—¿Verdad que es muy loco?

Mientras Luisillo hacía una mueca, Anita añadió entre dientes, dirigiéndose á Toña:

—A mí me gustan mucho los colegiales.

—¿Qué decía usted, Anita?, interrumpió Luisillo.

—No, nada interesante, decía á la hermana de usted que cuánto quería por uno de los hoyuelos que tiene en las mejillas.

—No necesita usted de los hoyuelos, sin ellos el rostro de usted es encantador.

—Pues, mira, si quieres uno, cójelo, dijo Toña.

—Ay, si no puedo, repuso Anita, acariciando la mejilla de Toña y simulando aflixión con la voz y con el gesto.

—Vamos, ¿qué es eso?, tengan ustedes juicio, dijo Concha.

—¿Vendrá Guillermo?, preguntó María Teresa á Lupe.

—No, es imposible, no vendrá.

En ese momento el juez del Registro Civil entró, acompañado de su amanuense, que llevaba debajo del brazo el libro de actas, saludó con afabilidad, dirigió una curiosa mirada á los novios, púsose los anteojos, mientras el escribiente se sentaba junto á la mesa, al efecto preparada, abría el libro y concluía el acta anteriormente empezada en la oficina.

El juez preguntó las generales de los novios, de sus padres y de los testigos.

Concluida que fué la acta, el juez, irguiéndose con mucha prosopopeya y sin ninguna unción, preguntó á los novios si querían unirse en matrimonio, y al escuchar la respuesta afirmativa de éstos, los unió en nombre de la sociedad.

Firmaron luego el contrato, primero los novios, después los padres de éstos, y al último los testigos. Lupe se sobrepuso tanto á sí misma, que casi no tembló su mano al firmar; pero su palidez aumentó extraordinariamente, y allá, en lo más íntimo de su corazón parecía oír una voz que decía: felicidad, amor, paz, todo ha concluido para ti.

Alfonso había olvidado por unos momentos sus penas; el remordimiento le había dado una tregua para cebarse después en él con más espantoso furor. Estuvo un rato conversando cariñosamente con Lupe, despidióse de ella satisfecho de pensar que ante la ley era ya su esposa, y que en breve lo sería también ante Dios. Apenas le vino este recuerdo, y otra vez la melancolía envolvió su espíritu y salió de la casa de su esposa triste y taciturno, acompañado de Perico.

Antes de casarme canónicamente, pen-

saba Alfonso, tengo que confesarme; saldrá entonces de mi pecho el secreto que me mata. Y ¿qué me dirá el confesor? ¡Ah!, de seguro me dirá que devuelva el dinero robado tan luego como pueda, y que haga esfuerzos por poder pronto. Mas yo, no sólo he robado dinero, sino también como consecuencia de mi delito, he robado ventura y honra. Y, ¿cómo restituiré todo ésto? Solamente diciendo la verdad. Si yo pudiera casarme sin confesarme ó confesarme sin decir todo lo que he hecho. ¡Oh, no; esto no sería digno de un Sifuentes, aunque, por otra parte sea un malvado. Con estos pensamientos se despedazaba el corazón y Perico le observaba cuidadosamente.

—Chico, le dijo, hoy que ha sido día para ti tan fausto y que debias, por lo tanto, estar más alegre que nunca, estás cabizbajo y cariacontecido.

Alfonso, al oír la voz de su amigo, volvió en sí, como si despertase de una pesadilla:

—Que quieres; la emoción.

—Vamos á echar una cana al aire para que te distraigas.

Para mí acabaron ya las distracciones de otro tiempo.

—Será la despedida de tu vida de sol-

tero. ¿No nos dijiste en casa de Esteban, que harías tal despedida?

—Es verdad; pero estoy tan preocupado.

—¿Traes dinero?

—Sí, traigo mil pesos que ayer me dió papá para que pagara los trajes que me mandé hacer y las pequeñeces que en estos días se puedan ofrecer en los gastos de mi boda.

—Hombre, vamos á probar fortuna. ¿Cómo ha de ser posible que nos ganen siempre esos tucos de Esteban y Lorenzo?

—Tienen una suerte...

—La suerte es caprichosa y no se engaña con nadie; precisamente porque les ha sonreído les volverá presto la espalda. Quizá es tiempo de reponernos de anteriores pérdidas.

Alfonso parecía reflexionar; su amigo redobló las instancias.

—Vamos, dijo al fin Alfonso; pero, Perico por Dios, te encargo que á la media noche me saques de allí vivo ó muerto.

—Te lo prometo, palabra de honor.

—Ah, otra cosa; no permitas que me den caja.

—No lo permitiré.

—Venga esa mano.

—Allí la tienes.

Los dos jóvenes se apartaron de la dirección que llevaban, y cruzaron por estrechas y oscuras callejuelas.

Esteban, Lorenzo y una docena de tahures, aproximadamente, estaban al rededor de la carpeta verde, en el clandestino garito, bien conocido de Alfonso y Perico.

Al entrar el aristocrático joven en los momentos en que aún no empezaba el juego, todos le vitorearon. Sentóse junto á Lorenzo, y enfrente de él Perico, junto á Esteban.

—Del primer albur que ganes, me prestas la ganancia, porque vengo sin un peso, dijo Perico á Alfonso, quien contestó con una señal afirmativa.

Empezó el juego; el préstamo solicitado por Perico no pudo tener efecto, porque Alfonso perdió, uno tras otro, todos los albures, hasta concluir con los mil pesos que llevaba.

—Afortunado en amores, desgraciado en el juego, dijo Lorenzo remolineando el puro en la boca y lanzando al través de los anteojos una cínica mirada á Alfonso.

—Vámonos, dijo éste levantándose.

Esteban y Lorenzo se miraban como preguntándose si ofrecían dinero á Alfonso, cuando Perico, que estaba mohino

porque no había podido henchir los bolsillos, como de costumbre, dijo á Esteban con imperio:

—Préstame veinte pesos.

—No, contestó secamente Esteban.

—Te digo que me prestes veinte pesos.

—Te digo que no.

—Y yo te digo qué si no me los prestas, "canto."

Esteban, por única respuesta lanzó á Perico una horrible injuria. Oírla éste y dejar caer con fuerza la abierta mano en el molestuado rostro de Esteban, casi fué uno. Tras aquel golpe que resonó en toda la casa, vino nutrida tempestad de mojicones. Lorenzo iba á apartar á los rijosos; pero éstos, enconados, trepáronse á la mesa, y el dinero en ella colocado, empezó á caer á chorros en el suelo, y los tahures á recoger y á embolsarse cuanto podían. Lorenzo entonces, atento á lo que más le interesaba, tomó precipitadamente el bastón, empuñólo y repartía golpes á diestro y siniestro.

Alfonso en pie, azorado, presenciaba la tumultuosa escena. Cuando todos los tahures habían huído con los bolsillos más ó menos provistos de duros, Lorenzo abalanzóse contra Perico, que sentía ya sobre sí la enorme panza de Esteban, y su

garra que le sujetaba. Viendo á Lorenzo próximo á descargarle un tremendo bastonazo en la cabeza, hizo un supremo esfuerzo, mordió con bestial furor un muslo á Esteban, quien dió un brinco y soltó á Perico, que se enderezó violentamente y huyó á todo correr, jurando á gritos, venganza.

—Perdone usted, joven, dijo Lorenzo á Alfonso; pero ya usted ha sido testigo de quién fué el provocador.

Alfonso, sin contestar, salió de la casa de juego, oyendo tras sí las soeces interjecciones de los ancoherizados tahures.

XXVI.

Levantóse Alfonso muy temprano, había pasado muy mala noche, los breves ratos que logró dormir, su sueño fué muy agitado: ya veía á Guillermo en la prisión que volvía hacia él los ojos, acusándole de su crimen; ya á Esteban enfurecido sobre Perico, abofeteándole á dos manos; ora sotas, caballos y reyes; ora sus billetes de Banco pasando uno tras otro de sus manos, á las de los coimes.

—Es preciso, se dijo, tomar una re-